

“Alegría y esperanza” en ACO, Celebrando el cincuentenario del concilio Vaticano II

Ponencia de José Hortet en la Jornada del
12 de octubre de 2012

1. La fe como relato

La fe cristiana es muy narrativa. No son los conceptos y las formulaciones doctrinales lo más importante. Tampoco la fe cristiana consiste principalmente en unos contenidos de autoayuda para ser felices y tener paz interior. Estas cosas bien llevadas tienen su valor, pero la prioridad de la fe es narrativa, es la vida misma de cada día, la vida personal, familiar, laboral, cultural, con las respuestas en nuestros ambientes naturales de convivencia y de acción donde la fe se encarna en medio del espesor de la realidad asediada por tantas fuerzas contrapuestas, entre el bien y el mal.

Es lo que dice el principio de la GS que es el tema de esta exposición: «La alegría y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres contemporáneos, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son también la alegría y la esperanza, la tristeza y la angustia de los discípulos de Cristo. La Iglesia se siente de verdad íntimamente solidaria del género humano y de su historia» (GS. 1).

También va por este camino narrativo, José Cardijn, fundador de la JOC, lo explica muy bien un antiguo presidente. «Los que piensan que la JOC es obra de Cardijn no lo han entendido bien. La JOC es fundamentalmente la obra de la propia juventud trabajadora. Exactamente como lo quería Cardijn. Pero Cardijn es el hombre que se ha ganado su confianza» (Bartolo Pérez, presidente en 1962).

Pues Cardijn dice que su vida «ha sido una larga marcha y un pensamiento vivido. La marcha no ha seguido un camino recto, trazado previamente, en el cual uno puede comprometerse desde los primeros pasos sin vacilar, hacia el objetivo que se persigue. Tampoco están las etapas claramente determinadas. Ha sido a menudo un vaivén, con retornos hacia atrás y mil nuevos comienzos, con prolongados tanteos en la búsqueda, tanto de la expresión como de su realización, pero que continúan tendiendo hacia un gran objetivo, a la vez lejano y cotidianamente muy próximo. ¿Cómo conseguir que todas las personas descubran que tienen en este mundo una misión que el mismo Dios les ha conferido, partiendo de la creación y de la redención, y que la Iglesia les anuncia y les ayuda a realizar?»

«Yo no soy ni un profesor, ni un escritor sino un hombre de acción, un hombre en movi-

miento, en exploración: Buscad primeramente el Reino de Dios (Lc 12, 22-31). Después de cincuenta años “Buscad” es todavía mi divisa.» (Joseph Cardijn, *Laicos en primera línea*, Ed. Nova Terra 1965, p. 9-10)

2. Nuestras raíces

Las encontramos en la narrativa de los evangelios que nos muestran el paso del Hijo de Dios en medio de la realidad conflictiva de la historia con su amor y liberación, como dice GS: «El Verbo de Dios se hizo carne y entró en la historia del mundo. Él nos revela que Dios es amor y nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana y por tanto de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor. Asegura, pues, a aquellos que creen en la caridad divina que el camino del amor está abierto a todos y que el esfuerzo para restaurar la fraternidad universal no es ninguna utopía. Advierte al mismo tiempo que este amor no debe buscarse sólo en las cosas grandes, sino también en las circunstancias ordinarias de la vida. Soportando la muerte nos enseña... que también debemos llevar la cruz que la carne y el mundo cargan sobre los hombros de aquellos que buscan la paz y la justicia (38). «Venimos de los hechos de los apóstoles que son narrativa del seguimiento de Cristo a cargo de las primeras comunidades de discípulos cuando se empiezan a llamar cristianos. Vivimos como San Pablo nos muestra en sus cartas una vida personal, pero llena, gracias a Dios, de biografías de compañeros y compañeras que nos apoyan y a quienes apoyamos para vivir juntos el servicio de Jesús con nuestro entrañable amor a su persona y desde esta estimación al servicio de sus causas, las causas del Reino que evocamos en el padrenuestro.

San Pablo en la carta a los Romanos (16,1-23) hace una lista de veintisiete personas responsables en las comunidades, con una buena proporción entre mujeres y hombres, encabezada por la llamada diaconisa Febe.

Es bueno, en un día tan especial para el movimiento, recordar momentos históricos y personas de ACO, que a su vez os sugerirán otros nombres y hechos estimulantes de nuestra narrativa de grupos y equipos, de zonas y de la amplitud eclesial y social en la que nos movemos y vivimos. Vivamos ahora la sensación profunda que la

carta a los Hebreos nos hace descubrir que «Por eso, nosotros, teniendo a nuestro alrededor tantas personas que han demostrado su fe, dejemos a un lado todo lo que nos estorba y el pecado que nos enreda, y corramos con fortaleza la carrera que tenemos por delante». Nos podemos preguntar cuál es la prueba que tenemos, cada uno sabe la suya, pero una que es de todos es la crisis, la crisis económica, la crisis social con sus efectos sobre el mundo del trabajo, el mundo del paro y la marginación, la crisis del estado de bienestar, la crisis de valores éticos, la crisis de fe en tantas personas. Por eso sigue la carta a los Hebreos diciendo: «Fijemos nuestra mirada en Jesús, pues de él procede nuestra fe y él es quien la perfecciona...». Por tanto, medita en el ejemplo de Jesús, que sufrió tanta contradicción por parte de los pecadores; por eso, no os canséis ni os desaniméis». (Heb 12, 1-4)

Recordemos una vez más: en el diario vital se debe realizar la síntesis creadora entre fe y vida. De esta síntesis brota la fuerza expansiva de la evangelización. La revisión de vida es un instrumento poderoso para realizar la síntesis. Tenemos en esto como modelo a María, madre de Jesús, que como nos dice el Evangelio «conservaba todo esto en su corazón y lo meditaba». (Lc 2,51)

Esto es lo que, en el nacimiento de ACO, tantas veces en sus visitas, cartas y libros nos transmitió el consiliario suizo Albert Maréchal (1896-1995). Que la vida no es una relación con las cosas sino con las personas y que nos debe llevar a verlo todo como Dios lo ve. Que debemos descubrir nuestro propio pecado en los sentimientos y actitudes que contaminan a menudo los mejores valores y aspiraciones. En la última carta de 1994 recordaba la crisis interior de la JOC de los años 1968-70 "cuando los problemas y cambios de estructuras se convirtieron en el objetivo principal y mermó la fe viviente en Jesucristo. Fue más que una desviación de método, fue un desvío del espíritu cristiano» (Albert Maréchal. *Un itinerario sacerdotal*, PAM 2002, p. 138, con prólogo de Leonardo Ramírez).

3. La ACO y el Concilio Vaticano II

Servidor vivió la inauguración, de lo que en el día de ayer celebramos los 50 años. Ordenado sacerdote en 1960 en Barcelona, me aconsejaron que aprovechara a mis veintitrés tres años la oportunidad de ampliar estudios en Roma haciéndole de secretario al sacerdote barcelonés Manuel Bonet Muixí, que trabajaba en Roma en el Vaticano. Fue él quien me facilitó una entrada a la basílica de San Pedro para asistir a la inauguración del concilio el día 11 de octubre de 1962. Recuerdo que no me sentía muy cómodo espiritualmente para rezar, pero el discurso de Juan XXIII me ensanchó el corazón y por la noche no me perdí la procesión de antorchas evocando el concilio de Éfeso, organizada por la acción católica de jóvenes italianos. Y en la plaza de San Pedro junto a dos trabajadores de la construcción que pasaban y se quedaron,

compartí la amable sorpresa de las palabras del Papa dándonos las buenas noches y también enviando un beso para los niños y niñas en sus hogares.

Fui siguiendo con emoción deportiva juvenil las vicisitudes de la primera etapa conciliar, tenía mis ídolos y disfruté de sus buenos resultados. La alegría pascual de 1963 con la *Pacem in Terris* fue colosal, pensando también que era una buena estocada al franquismo y al nacionalcatolicismo imperante.

Guardo cuatro artículos que hice para el boletín de ACO, que ya existía en aquel tiempo con el nombre de *Presencia*. Hablaba en el primero con mucha emoción del discurso de Juan XXIII, en el segundo sobre las tensiones del concilio, quizás dolido, pero diciendo que eso era natural cuando hay libertad de expresión, un tercero sobre la pobreza como tema del concilio y un artículo exhortativo sobre nosotros, ACO y el concilio. Quiero recordar también que a partir de la tercera sesión participó en el concilio el presidente de la JOC, el inglés Pat Keegan, colaboró en los textos, con otros laicos, entre los cuales algunos y algunas hablaron en la asamblea. Y también había un sindicalista con cargo en la confederación de sindicatos cristianos.

Viví también la muerte del Papa Juan y la elección del cardenal Montini que celebramos con algunos amigos después de la *fumata bianca* en un bar junto a la plaza de San Pedro. Continué en Roma con la segunda sesión del concilio.

Guardo un buen recuerdo de la visita que hice el 19 de febrero de 1964, tras la muerte del Papa Juan, al arzobispo Loris Capovilla, que había sido su secretario personal. Le pedí permiso para hacer la edición en catalán del *Diario del alma* de Juan XXIII para la editorial Nova Terra, me dijo que sí cuando le conté los lazos de la editorial con ACO y JOC. El libro, con prólogo del abad Escarré de Montserrat, tuvo bastante éxito con la venta de 6.000 ejemplares en 4 meses. Sé que el pasado mayo Loris Capovilla celebró 70 años de sacerdote, a sus 97 años, en el pueblo donde nació el Papa Juan en Sotto il Monte, donde ahora vive en una casa con una exposición permanente de los recuerdos del papa Juan (véase *El Ciervo*, junio 2006, entrevista con Loris Capovilla). Al hablar de la editorial Nova Terra me gustaría hacer un comentario para remarcar la importancia de esta editorial durante los veinte años de su existencia. Según el amigo y compañero de ACO, Josep Castaño, que murió el 26 de septiembre del año 2000, un buen grupo de la JOC "a pesar de estar faltos de medios y no tener formación universitaria, como era habitual entre la gente trabajadora de la época, sintieron grandes ambiciones de tipo cultural, pedagógico, social e incluso intelectual para actuar dentro de la clase trabajadora y también pretendíamos crear una unión con la joven clase universitaria que cada vez se preocupaba más por los problemas del país" (Dolors Marín y Agnès Ramírez, *Ed. Nova Terra 1958-1978*, Mediterráneo 2004, p. 31).

Para conocer los compromisos sociales, a partir de su vida de jocista, de Josep Castaño

se puede leer el libro escrito por Pilar Porcel Omar, *José Castaño Colomer, 1931-2000*, Ed. Impulso a la Acción Social, 2011. De 1956 a 1959 trabajó en el secretariado internacional de la JOC en Bruselas.

4. El espíritu nuevo del Concilio

A mí como expresión máxima de la novedad del concilio me ha quedado el discurso inaugural *Gaudet Mater Ecclesia* de Juan XXIII junto con unas palabras de lo que Loris Capovilla llama el testamento eclesial del Papa Juan.

Cuando tengo dudas o malas sensaciones siempre recurro buscando el ambiente ecológico de la práctica pastoral en nuestras comunidades, movimientos, grupos, parroquias, arciprestazgos, diócesis. Anclado en ese discurso histórico, puedo sentir en todo momento un amor agradecido y comprometido en la Iglesia real, en medio de los desfallecimientos, pecados y errores que compartimos en todos los niveles comunitarios.

Me adhiero a la unión con Cristo y su Iglesia que proclamó el papa Juan al inicio de su discurso y con él me congratulo por la vitalidad espectacular del hecho comunitario eclesial vivido en el concilio y la capacidad de saber hacer un concilio como aquél. Un hecho a escala universal que me parece que ninguna otra agrupación de personas humanas a nivel mundial ha realizado con unos parámetros de libertad y fraternidad tan grandes. Precisamente con el concilio el papa Juan quería animar a escala civil un orden mundial nuevo que intuía como necesitado de valores cristianos y razonaba, como historiador, que la humanidad estaba buscando y como empezando. Por eso el concilio me produce un sentimiento de autoestima eclesial, que desde la vida pastoral cotidiana es como un faro que ilumina.

Como fue aquella celebración del concilio, así debe ser nuestra ACO y hoy debemos renovar nuestra intención para hacer del movimiento siempre «un acto de fe religiosa, una prueba de confianza en las personas humanas, un acto de cultura». (*La utopía di Papa Giovanni*, Giancarlo Zizola, que define el discurso como la *svolta* -el giro- del 11 de octubre de 1962, p. 450.) En el discurso Juan XXIII mostraba su rechazo de condenas y de hacer caso a profetas de calamidades, aunque estén inflamados de celo religioso. Cree que carecen de la ponderación justa y de juicio prudente.

Pide que el concilio dé un paso adelante para una profundización doctrinal y una presentación de la fe que responda a las exigencias de nuestra época. Por ello habrá que dar mucha importancia a esta forma de trabajar pacientemente, si es necesario, en su elaboración, recurriendo a una forma de exposición que responda mejor a una enseñanza de carácter sobre todo pastoral, de conformidad con los métodos de investigación y con la expresión literaria que exigen los métodos actuales.

La actitud pastoral promovida en el discurso es que «la Esposa de Cristo prefiere usar el remedio de la misericordia que no empuñar las armas de la severidad y que no es precisamente

condenando, sino mostrando mejor el valor de su doctrina como es atender las necesidades de nuestro tiempo».

Su gran deseo sobre el concilio es que contribuya a la paz y a la unidad con las otras iglesias y con toda la familia humana (DE 738-39, 2000).

Este discurso aún se entiende mejor si lo leemos a la luz de unas palabras suyas poco antes de morir, como si nos entregara su espíritu, la narrativa de toda su vida, en ese instante supremo.

«Hoy más que nunca, ciertamente más que en los siglos pasados, estamos llamados a servir al hombre como tal, no sólo a los católicos. A defender sobretodo y en todas partes los derechos de la persona humana y no sólo los de la Iglesia católica. Las circunstancias actuales, las exigencias de los últimos cincuenta años, la profundización doctrinal nos han llevado ante nuevas realidades, como dije en el discurso de apertura del concilio. No es el Evangelio el que cambia, somos nosotros que empezamos a comprenderlo mejor. Quien ha vivido, como yo, una larga vida y se ha encontrado al inicio de siglo ante tareas nuevas de una actividad social que abarca a todo el hombre, *investe tutto la uomo*, que ha estado como yo he estado veinte años en Oriente, ocho en Francia, y ha podido confrontar culturas y tradiciones diversas, sabe que ha llegado el momento de aprovechar la oportunidad y mirar adelante, *guardaré Lontano*» (Giancarlo Zizola, *La utopía di Papa Giovanni*, Citadella Editrice, Asís 1973).

Su secretario, Loris Capovilla, explica este momento del testamento eclesial del Papa Juan así: «En el lecho de muerte entiende que hay cardenales en la curia que no están contentos, incluso por cuestiones políticas que eran ridículas, como los que decían que tenía simpatía por el comunismo. El Papa ve que aún no han madurado y dice estas palabras» (entrevista en la revista *El Ciervo*, junio 2006).

5. Importancia del concilio

El mismo Juan Pablo II en 1997 dice que el Vaticano II fue un concilio similar a los anteriores y al mismo tiempo completamente diferente. La enorme riqueza de contenidos y el nuevo lenguaje, desconocido antes de la presentación de estos contenidos, constituyen casi un anuncio de nuevos tiempos (*Tertio millenio adveniente*, DE 625, n. 20).

Yo creo que se puede aplicar al Vaticano II, desde el punto de vista de la Iglesia histórica, formada por personas y estructuras humanas, la palabra **mutación**. El concilio lleva una alteración permanente de algunos caracteres hereditarios del material histórico eclesial, para que pueda ser transmitida felizmente esta mutación a las generaciones sucesivas. Juan XXIII nos dice en su discurso que ya no puede ser como antes. Que va a nacer un orden nuevo que corresponda a la mutación puesta en marcha por el Concilio como acontecimiento y como fuente de doctrina, de comunión eclesial y de relación nueva con el mundo.

Esta forma de entender el concilio es muy propia de la trayectoria genuina de nuestros

movimientos. Explica Josep Castaño en el libro *Memorias sobre la JOC en Cataluña*, que en julio de 1963, Cardijn, ya muy mayor, murió el 24 de julio de 1967, en el consejo general de la JOC española en Oviedo en el acto público dijo «vivimos la hora más importante de la historia de la Iglesia (refiriéndose al concilio). Al llegar a Roma, Juan XXIII me dio un abrazo y me dijo “conozco la JOC desde hace 30 años y quiero ayudar más”».

De hecho el papa Juan en su encíclica *Mater et Magistra* del año 1961, antes del concilio, hace algunos de sus postulados más apreciados en la pedagogía de la acción de grupo y de movimiento: que la acción se debe tomar como elemento educativo de los sujetos, la educación en materia económica y social sólo se adquiere por la acción. Que corresponde una función importante en las organizaciones de apostolado de los laicos, especialmente si se proponen la animación cristiana de algún sector del orden temporal. Y para llevar a cabo esta acción habla de tres momentos que se suelen expresar en tres palabras: ver, juzgar y actuar (MM 234-243).

Los libros escritos sobre la JOC por Josep Castaño y por Francisco Martínez Hoyos, el libro sobre la ACO de Joan Bada y Oleguer Bellavista, y el libro sobre la JOBAC de Montserrat Sintés Bou invocan el concilio como el buen clima para nuestros movimientos.

En el prólogo de su libro sobre la JOC dice Francisco Martínez que «la JOC ha sido importante en la preparación del concilio. Las intuiciones de Cardijn, las prácticas de la JOC hicieron nacer una nueva manera de enfocar el apostolado, la evangelización. Esta aportación fue una de las realidades que, convergiendo con dos o tres más, prepararon y en cierto modo dieron luz al concilio, con el movimiento bíblico, el ecuménico, la renovación patrística de la teología. El concilio marca uno de los hitos más importantes de la vida de la Iglesia: reconoce la libertad de conciencia. No es que la tolere, confiesa un respeto sagrado, ya que el Espíritu de Cristo, en el interior de cada persona, grita, e impulsa a parecerse y asimilarse a Cristo. Es la mirada contemplativa de la revisión de vida».

Por eso se explica que la editorial Nova Terra hiciera una serie de libros sobre el concilio y además de editar *el Diario del alma* de Juan XXIII, creó una sección especial en castellano y en catalán, con el nombre de «*Tiempo del Concilio*». *Destino del mundo, vocación del hombre* es el título del texto íntegro de la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy, publicado en 1967 con introducciones y notas. Es este documento que ahora trataremos.

6. Gaudium et Spes: Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo

En el concilio fue el documento más largo y el último en ser aprobado el día 6 de diciembre de 1965. Tuvo 2.287 votos favorables y 75 en contra. Vale la pena porque aquí la palabra

Evangelio reencuentra plenamente su significación de buena noticia para la persona humana, y para toda la familia humana. (Daniel Moulinet, *El Concilio Vaticano II. Historia, síntesis, recepción*, Ed. Claret 2004, p. 138, es un libro, traducido del francés, que hace un resumen muy bueno del Vaticano II).

Este documento fue un trayecto laborioso con versiones diversas, con correcciones múltiples, con perplejidades, vacilaciones, y tensiones, con intervención de todas las armas dialécticas del parlamentarismo, con presiones y tácticas de grupo. Era una señal de que todo el mundo daba importancia a muchas de las cuestiones que se tocaban. Y que tenían repercusiones en la sociedad y en las diversas culturas del mundo, ideologías y sistemas políticos donde la Iglesia vivía. Varias veces algunos invocaban la *Pacem in Terris* en el sentido de no retroceder a posiciones menos claras y adecuadas a la cultura moderna de las que Juan XXIII había expuesto en la encíclica. Cuando Pablo VI hizo la encíclica *Ecclesiam suam* sobre el diálogo, también hizo un buen servicio para el enfoque de la GS.

Pasaron muchos *intrínfulis*, entre ellos algunos al estilo de la Comunidad Europea, cuando obispos alemanes e italianos tildaban de demasiado liberal y naturalista el texto algo más definitivo preparado por belgas y franceses sobre todo. Fue muy seguido por diversos periodistas y comentaristas que daban a conocer los contenidos de los debates y hacían interpretaciones.

Su temática es bien cercana a la ACO con los análisis, cuestiones y compromisos de transformación social, de cultura y de relación entre fe y vida. El obispo auxiliar de Lyon, Alfred Ancel, que fue unos años responsable general de la asociación del Prado, y obispo obrero, formó parte de la importante subcomisión central en la elaboración del documento.

GS comienza con una declaración de intenciones, sigue con una descripción introductoria de la situación humana en el mundo contemporáneo, escrutando, dice, los signos de los tiempos e interpretándolos a la luz del Evangelio. Considera el mundo en una crisis de crecimiento con cambios profundos y rápidos. Dice que mucha gente, atormentada entre la esperanza y la desazón y con interrogantes sobre el curso actual del mundo siente el peso de la angustia... Esconde una aspiración más profunda y universal: vivir plena y libremente de una manera digna, que ponga al servicio de la persona todo lo que el mundo de hoy puede ofrecer. Las naciones igualmente se esfuerzan cada vez más para lograr una cierta comunidad universal.

En el documento se repetirá varias veces la palabra madurez, refiriéndose al hecho de que la humanidad en muchos aspectos está haciendo procesos hacia la madurez, para pasar diríamos a un nivel de humanidad superior, a una mutación cualitativa importante (43), (55), (77). Y también se habla de fe madura (21).

GS comienza con el célebre párrafo que hemos leído hablando de nuestras raíces (1-3). Tiene una exposición sobre la situación humana

en el mundo contemporáneo (4-10). Y empieza una primera parte, compuesta de cuatro capítulos, con el título de «*La Iglesia y la vocación del hombre*» (11-45). El primero trata sobre la dignidad de la persona humana, que acaba con Cristo, el hombre nuevo. «El Hijo de Dios en cierto modo se ha unido con cada persona. Trabajó con manos humanas, pensó con inteligencia humana, obró con voluntad humana, amó con corazón humano... se hizo verdaderamente uno de nosotros» (22).

El segundo capítulo sobre la comunidad de los hombres termina diciendo: «Cristo instituyó una nueva comunión fraterna en su cuerpo que es la Iglesia, donde todos, miembros los unos de los otros, según los diversos dones concedidos, se pudieran ayudar mutuamente » (32).

El tercer capítulo habla de la actividad humana en el mundo con las afirmaciones sobre Cristo, que hemos leído al principio (38). Y termina diciendo que «Cristo por la fuerza de su Espíritu obra ya en el corazón de las personas animando, purificando y fortaleciendo los generosos propósitos con los que la familia humana se esfuerza por humanizar su misma vida y para someter toda la tierra a este fin... El Señor ha dejado a los suyos una prenda de esta esperanza y un viático para el camino en ese sacramento de la fe donde los elementos de la naturaleza, cultivados por los hombres, se convierten en el cuerpo y la sangre gloriosos, cena de la comunidad fraterna y preguetación del convite celestial » (39).

La fórmula «familia humana» se repite a menudo. La humanidad considerada como familia (2, 3, 26, 55, 63, 74, 75, 92), como comunidad fraternal en otros lugares, y la Iglesia como multiforme comunidad de fieles a Cristo (58) son las constantes de GS.

El cuarto capítulo sobre la misión de la Iglesia termina diciendo que «Cristo es el alfa y el omega. Es el fin de la historia humana, el punto donde convergen las aspiraciones de la historia y de la civilización, el centro de la humanidad, la alegría de todos los corazones, la satisfacción total de los anhelos humanos» (45).

En la GS ya veis que hay muchos elementos para la espiritualidad cristiana. He querido destacar sobre todo estas clausuras de cada capítulo referidas al centro de nuestra fe, a la persona de Cristo. Recojo aquí unos versos del gran poeta Josep Vicenç Foix (1893-1987) con el título de *Nuevas pruebas de la identidad de Jesús*: «Jesús no habla: dice/ no razona: provoca/ no esclaviza: emancipa/ no hiere: cura/ no ofrece: da/ no enamora: ama.»

En GS encontramos una comprensión de la interioridad de la persona muy grande, como un ser que dotado de conciencia y libertad debe ir realizando su vida, proyectándola hacia los demás y Dios en medio de las condiciones históricas, sus limitaciones y conflictos.

Igualmente se busca no hacer oposición, separación o dualismo entre la interioridad personal y el cuerpo, entre la parte material y la espiritual de la persona, entre la vida interior y

la vida y la acción, entre el sujeto y la relación con los demás.

En este sentido recojo algunas flores de este jardín. «Cuando la persona actúa no sólo transforma las cosas y la sociedad, sino que se perfecciona a sí misma, es llevada a salir de sí misma y a superarse (35). Que la persona sólo puede reencontrarse plenamente a través de su donación sincera (24). Dado que la vida social no es algo externo a la persona, ésta desarrolla sus facultades con el trato con las demás personas, los deberes mutuos, los diálogos y así puede responder a su vocación» (25).

En la segunda parte de GS (46-90) se comentan algunos problemas particularmente urgentes en cinco capítulos: el fomento de la dignidad del matrimonio y de la familia, el progreso cultural, la vida económica, la vida política, la solidaridad entre los pueblos y la paz.

En todas las cuestiones tratadas se nota que se ha procurado adoptar una actitud dialogante y amistosa, lejos de toda superioridad o arrogancia y que se manifiesta una buena predisposición para ver los valores positivos de la sociedad y la cultura, y no ahorra tampoco una sincera autocrítica eclesial y sobre la forma de vivir y actuar a veces de las personas cristianas. En la primera parte, también reina ese mismo estilo, por ejemplo no se habla sólo del servicio que la Iglesia trata de prestar a la sociedad, sino que hay una parte muy interesante dedicada a la ayuda que la Iglesia recibe del mundo contemporáneo (44).

Brevemente cito algunas formulaciones que encuentro muy acertadas y bonitas en esta segunda parte: «La familia, lugar de encuentro de diferentes generaciones que se ayudan mutuamente para alcanzar una sabiduría humana más completa y para armonizar los derechos de las personas con las demás exigencias de la sociedad, constituye el fundamento de la sociedad» (52).

La persona se define ante todo por su responsabilidad hacia sus hermanos y hacia la historia. La cultura tiene una importancia enorme para la madurez espiritual y moral de la humanidad (55). La buena nueva de Cristo educa a la persona en la libertad interior (58).

Sobre la economía ya se decía entonces: que son necesarias reformas y controles, que no se debe dejar al libre albedrío de unas cuantas personas o grupos que disponen de un poder económico excesivo, ni solo de la comunidad política, ni de algunas naciones más poderosas (65).

7. GS nos quiere ayudar a unir fe y vida

Es una de las santas manías en ACO, que encuentra su atención en la GS. Hay que cultivar una adhesión más y más personal y activa en la fe, para elevarnos a un más agudo sentido de Dios (GS 7). Debe ser una fe informada y adulta, que después de pasar por el desierto de la crítica y el realismo de la vida no salga

quemada sino purificada.

Por eso hay que ir identificando el malestar, y a veces el choque, que nos provoca la sensación de que estamos partidos entre dos mundos, el mundo de la cultura actual, de la conciencia social y el mundo de la fe cristiana.

Cuando algunos grupos, familias o personas sufrimos estas contradicciones, debemos saber irnos orientando y asistiendonos mutuamente. Recuerdo todavía aquel 12 de octubre del año 1971, cuando Pilar Martínez nos habló de manera testimonial y profunda de que «hay crisis de fe y no obstantes somos signo». En la hoja de presentación del encuentro se decía «Últimamente se está poniendo en duda la razón de ser de la ACO. Unos manifiestan que nuestro movimiento ha quedado desfasado, otros que la ACO les exige compromisos desorbitados, otros que en sus equipos no reciben lo necesario para mantener la fe, etc. En muchos casos la forma de ver la ACO es totalmente diferente» (Juan Bada y Oleguer Bellavista, *ACO*, Editorial Mediterrània, 2003, p. 187).

Nuestros grupos, el movimiento, las comunidades cristianas de las que formamos parte deben ser escuela de oración y de formación permanente de la fe, ambientada en medio de las dudas y los obstáculos que la cultura dominante pone, con su indiferencia hacia la fe religiosa o su actitud contraria al cristianismo.

Por este motivo, en busca de un cristianismo más maduro, GS habla de escuchar atentamente, discernir e interpretar los diferentes lenguajes de nuestro tiempo y saber juzgar a la luz de la palabra de Dios (45).

Pongo algunos ejemplos: Ante las formas de oración y el lenguaje de la oración litúrgica puede haber dificultades que no hay que negar, sino hacer un proceso de nuevo aprendizaje que a menudo es dialéctico, comienza en el rechazo de ciertas prácticas, continúa con la profundización del espíritu de oración y termina en una nueva libertad en la que somos capaces quizá de tener métodos nuevos que nos van muy bien, pero también de encontrar un nuevo sentido a las prácticas clásicas, a las celebraciones comunitarias y sus mismas pautas. Es aquello de «todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es semejante a un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas» (Mt 13, 52).

Otro ejemplo: cuando para nuestra situación de salud corporal y espiritual necesitamos atenciones psicológicas, terapéuticas, de relajación, que se complementan, pero no sustituyen, ni en el tiempo dedicado ni en el interés que ponemos, en la fuerza sanadora para toda la persona que suponen los ejercicios de la fe, la oración, la escucha de la palabra, como hacía Cristo en el Evangelio.

Otro: nuestra participación en la familia y en la sociedad nos lleva a reunirnos en hechos significativos de carácter familiar y social, ¿debemos hacerlo de manera no confesional, dada la presencia plural de creencias o no creencias? ¿Cuando nosotros tenemos la iniciativa, dejamos de expresarnos tal como somos, re-

primimos nuestras ganas de dar culto a Dios?, ¿Si apartamos en las vivencias entrañables la referencia a Cristo y a Dios en el Espíritu, a la larga no nos hará menos creyentes?

Otro que sólo anuncio es qué hacer para dar al domingo su tono gozoso de fe cristiana: día de acción de gracias a Dios, día de descanso y recreación familiar y amical, día de amor a los que sufren y a los que hace bien nuestra compañía, día de la comunidad cristiana donde nos encontramos para celebrar la Eucaristía.

¿Somos conscientes de que el conflicto de valores en estos ejemplos y en otros hechos de la vida no son banales? ¿Qué equilibrios o respuestas creativas vamos encontrando? ¿Cómo ir haciéndolo?

Podríamos seguir con las iniciaciones en la fe y en la comunión eclesial con los hijos pequeños, medianos y grandes, y también ante sus procesos para llegar a la vida de pareja, el matrimonio, a la formación de familia. Es todo un mundo de creatividad compleja, pero que hemos de emprender con amor y esperanza.

En definitiva como dice GS: por debajo de todos los cambios hay muchas realidades inmutables, éstas tienen su único fundamento en Cristo que es siempre el mismo: ayer, hoy y siempre (10).

8. Una dosis de autocrítica

Se ha dicho que en el tiempo del posconcilio faltó entre las personas y grupos que se sentían avaladas por el concilio, una dosis de autocrítica a la hora de iniciar sus aplicaciones en la vida real personal y eclesial.

Creo que en el seno de movimientos como el nuestro y en otras áreas de la Iglesia, entre congregaciones religiosas y equipos de curas en parroquias populares ya se fue haciendo una cierta autocrítica.

Precisamente en Nova Terra, en 1966, Alfonso Carlos Comín publicó el libro *España, ¿país de Misión?* en el que expone sus opciones religiosas y sociales en el entorno del evento del concilio y habla de crisis de rejuvenecimiento en nuestra Iglesia y sobre la evangelización de los pobres como conversión de la Iglesia.

En el prólogo el jesuita José María Llanos, que decidió vivir en la periferia de Madrid en el barrio suburbial del Pozo en Vallecas y murió a los 92 años en 1992, hace esta autocrítica: Este resumen de tu producción literaria en los años maravillosos que hemos vivido puede parecer a algún lector el gesto victorioso de un progresista. La hora de un supuesto triunfo... Y eso no. Todo aquello tan nuestro incluyó también pecado. No fuimos tan buenos, aunque tuvimos bastante razón. Insistes y repites lo del diálogo, dices que te interesan las personas y no los mitos. Todo lo cual no quita que no aciertes al tratar, como tratas, el problema por ejemplo del Opus que nos atañe a todos, pero si hay que comprender las razones del ateo, ¡cuánto más las de estos hermanos en la fe! Pero hay algo más grave que nuestra posible falta de diálogo con "ellos". Hay esto otro que es lo que más me ha llegado al alma: el pueblo

a pesar de toda aquella labor anteconciliar de nosotros "los *enfants terribles*" de la Iglesia y a pesar del Concilio y de sus consecuencias, el pueblo, opino, que sigue lo mismo que estaba. Apenas ha cogido onda, en parte porque hemos hecho paternalismo y clericalismo de izquierdas, hemos experimentado situaciones,...pero si la verdad está en ponerse al lado de los humildes y de los que sufren, es posible que no hayamos entendido lo del lado y lo hayamos confundido por lo de encima.

»Permite para rematar insistir en una distinción que bien perfila. De un lado la Iglesia bien encarnada en el mundo, pero distinguiendo siempre entre revolución y Reino de Dios, su labor deberá correr paralelamente, no confusamente, con la vuestra. Tenéis que hacer un socialismo cristiano con vuestra propia responsabilidad de laicos, libres y bautizados en Cristo. Perdona que no vea tan claro lo que añades acerca del porvenir de los movimientos especializados que para ti son la única pastoral adaptada a nuestros tiempos.»

El peruano Gustavo Gutiérrez, el principal fundador de la teología de la liberación, dice cosas como éstas: «Que nunca le ha gustado que se usara el nombre de cristiano como adjetivo.

Siempre dije soy cristiano por Cristo, no por el socialismo. Que como cristiano alguien haga una opción por el socialismo es otra cosa, pero no puedo deducir el socialismo por el camino de la Biblia. De la Biblia deduzco la opción por la justicia, la opción por el pobre. Creo en la autonomía de lo social y político. Para mí lo importante es el cristianismo, no la teología de la liberación. La teología de la liberación se entiende en el interior del cristianismo. El mejor lenguaje para hablar de Dios es la poesía. Un lenguaje profundo que ve el mundo y ve la relación con el otro desde una dimensión y una profundidad que el concepto no ofrece. La teología misma debe ser siempre una carta de amor a Dios, a la Iglesia y al pueblo que servimos » (DE 929, 2008).

9. Las solidaridades en ACO

La Constitución sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo comienza proclamando la comunión de la Iglesia con la Humanidad, como ya hemos visto en el inicio de la GS (1).

En los movimientos especializados del mundo obrero se habla siempre de solidaridad y de fidelidad a la clase obrera. Rafael Hinojosa, jocista de 1954 a 1965, presidente durante unos años, publicó *La JOC entre la Iglesia y el mundo obrero* (1998). Es un ejemplo que ilustra las comuniones diversas y la interacción entre ellas, provechosa y a veces conflictiva.

En el ideario de algunas asociaciones eclesiales consta la triple fidelidad a la Iglesia, al sector social, profesional o cultural del que se forma parte y en el ámbito nacional propio dentro de una solidaridad más amplia que incluye a toda la humanidad.

En el tríptico de presentación que ACO usa actualmente también se dice que somos movimiento obrero y somos Iglesia.

En esta perspectiva tenemos campo abierto para ejercer una función de convivencia y de servicio en medio de la sociedad. En el decreto conciliar sobre el apostolado de los laicos se afirma que «los valores humanos comunes reclaman la cooperación de los cristianos con aquellos que reconocen estos valores, aunque no profesen el cristianismo. Con esta cooperación dinámica y prudente dan testimonio de Cristo, Salvador del mundo, y de la unidad de la familia humana » (27).

Esta solidaridad se despliega al servicio del mundo obrero, de la marginación, en el mundo de la salud, con la nueva inmigración y con el nuevo panorama obrero y de convivencia que esta llegada supone, apertura a otras culturas, a otras religiones, con las personas y grupos no religiosos, con ganas de conocer mejor los factores que intervienen en sus actitudes. En el folleto de ACO se habla de nuevas formas de lucha: los movimientos feministas, ecologista, de solidaridad con la marginación y el Tercer mundo.

Ahora quizás nos toca hacer algunos planteamientos nuevos y poner más dedicación para acoger la realidad de la nueva inmigración en ACO.

La afirmación de GS que «debemos sostener que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de asociarse al misterio pascual de Cristo de la manera que Dios sabe» (22), creo que nos lleva a hablar de valores específicos cristianos, sí, pero no exclusivos. El concilio nos pide cambiar de lenguaje. Ya en el mismo evangelio encontramos varias veces personas que no son de la comunidad de Israel, con mucha fe, subrayada con admiración por el mismo Jesús.

10. Cómo vivir mejor la comunión eclesial

Al final de GS hay una llamada a la coherencia en el sentido de que si la Iglesia pide paz, diálogo, solidaridad en nuestro mundo es lógico que lo llevemos a la práctica en el interior de la comunidad eclesial. Pide que «promovamos en la misma Iglesia la estimación mutua, el respeto, la concordia. Y que reconozcamos toda diversidad legítima para poder establecer un diálogo cada vez más fructuoso entre todos, tanto los pastores con toda la comunidad. Porque lo que une a los creyentes es más fuerte que lo que los divide. Que haya pues unidad en las cosas necesarias, libertad en las dudosas y caridad en todas » (92).

Sería una muy buena celebración de los 50 años del Concilio que nos conjurásemos para desterrar la crítica sistemática de una u otra tendencia en la Iglesia como también para acompañar con afecto y sinceridad a los obispos, con quienes como acción católica tenemos unos lazos especiales de cara a la evangelización. Debemos intentar ejercer la corresponsabilidad, acercándonos a un diálogo y comunicación constructiva tanto como podamos o nos dejen.

Ya sé que a menudo es debido a la fidelidad al mundo obrero, de la opción por la justicia y por los pobres en la sociedad, que encontramos

dificultades en el diálogo con la jerarquía y nos cuesta sentirnos como en casa en el conjunto de la Iglesia.

Observamos a veces criterios que nos parecen poco evangélicos en los métodos de captar los recursos económicos o las influencias en la sociedad y en la misma Iglesia, y algunos procedimientos poco claros en la búsqueda de proyección en el campo mediático. También en ciertos grupos da la impresión que predomina por encima de las actitudes de fe cristiana y de comunión eclesial alguna ideología integrista, más política que religiosa, una obsesión fundamentalista y agresiva.

Pero sí debemos salvar la comunión eclesial de manera que como personas, movimiento y grupos evitemos radicalizar tanto la propia experiencia que la consideramos la única verdaderamente evangélica, debemos saber colaborar con otros y no hacer siempre nuestra "capillita", procurar vencer las dificultades para unirnos a la pastoral diocesana, arciprestal o parroquial dentro de un equilibrio sensato que no perjudique la vida y acción del ACO.

Juan Martín Velasco, en una de sus colaboraciones en *Misa dominical* del CPL, presenta un reto preguntando «¿cuándo llegaremos a que el cristianismo activo de nuestros días ahora muy dividido en dos orientaciones, aprenda a compartir los mejores rasgos que los caracterizan y se ayuden a superar las deficiencias que cada uno arrastra?».

Creo que para él una orientación es la de encarnación y compromiso en la sociedad y cultura moderna y en la problemática social. Y la otra orientación es la de vivir la fe en el interior de la Iglesia como un cultivo fuerte de la identidad cristiana en grupos homogéneos, y que desde esta confesionalidad envíen la fe al ámbito familiar y se relacionan con la sociedad.

Según él, las deficiencias que arrastra la primera tendencia es hacer demasiada crítica para el sistema de la Iglesia y de la jerarquía, hacer poca autocrítica, y no saber transmitir suficientemente el cristianismo a los propios hijos. Los movimientos de la otra tendencia los considera con formas desfasadas que alejan a la gente y con estilos de secta y de cierto servilismo o utilización de la jerarquía.

En el momento presente hay que aprender a vivir en lo que respecta a la fe bastante a la intemperie. Todos participamos de una desazón común en una sociedad tan plural y en una iglesia también bastante variada, añoramos encontrarnos con una casa confortable y familiar para nuestra manera de vivir la fe y poder compartir esta visión. Anhelamos un conjunto que nos parezca sólido y marque diferencias donde pueda reposar y fortalecerse nuestro aliento espiritual, nuestra alma. Hasta cierto punto es razonable, pero debemos saber dejar toda frustración y serenamente, con realismo, como iglesia de los pobres, diría yo, no sólo entendernos con los nuestros sino crear entre todos un

hogar eclesial donde las tendencias y estilos se encuentren como en casa en fraternidad plural (Ver Timothy Radcliffe, *¿Qué sentido Tiene ser cristiano?*, Desclée de Brouwer, 2008).

11. En Dios, alegría y esperanza

Podríamos hacer una lista muy larga para dar gracias a Dios de cómo somos y quiénes somos en ACO, del cultivo de la fe, de las responsabilidades en tantos ámbitos de la vida. Del entendimiento intergeneracional, el respeto al pluralismo interno y en los compromisos sociales, de la riqueza de amistades y favores que unos a otros nos hacemos. De la suerte que tenemos con la generosidad y capacidad de presidentes, presidentas, liberadas y comités, consiliarios, etc.

Mucha alegría y mucha esperanza se construyen cada día, y cada curso que empezamos, la realidad de nuestro movimiento, de nuestros grupos. Damos gracias a Dios por lo que sucede entre nosotros y de lo que dice san Pablo: Ayudaos a llevar las cargas los unos a los otros y cumplid así la ley de Cristo (Gal 6,2).

Mucha alegría y esperanza nos llega de la comunión con las compañeras y compañeros que murieron y nos hacen sentir de manera clara y precisa que vivimos ciertamente «rodeados de una nube tan grande de testigos», como hemos leído antes en la carta a los Hebreos.

En medio de tantas sensaciones y emociones que vivimos estamos llamados a no ser superficiales o de consumo rápido, pasando por la vida sin adquirir experiencia, aquella experiencia de Dios y de su amor, que alimenta la esperanza y que impide quemarse, quedar vacíos de sentido tanto de la vida como de la muerte que también forma parte de nuestra realidad humana. La experiencia de la vida debe ir alimentando nuestra esperanza y esa esperanza nos proporciona una paciencia activa que es como la hermana pequeña de la misma esperanza y que nos inmuniza del veneno que pueden llevar las frustraciones de la vida misma y de nuestro entorno.

San Juan de la Cruz dice que junto al saber por ciencia está el saber por amor, por experiencia. Es un saber «*toda ciencia trascendiendo*», que por su densidad se sitúa más allá de los conceptos y las palabras argumentales. Esta experiencia es fuente de alegría, porque nos hace sentirnos vivos y queridos. Con palabras que el propio san Juan de la Cruz nos otorga «*andar interior y exteriormente como de fiesta y traer un júbilo de Dios grande, como un cantar siempre nuevo, envuelto en alegría y amor*».

Esto es la **Gaudium et Spes** conciliar, la Alegría y la Esperanza que nos ha ocupado, espero que con fruto, este espacio de nuestro 12 de octubre. Hacemos nuestros para el curso que empezamos la alegría y la esperanza, como una consigna de vida. ¡Muchas gracias!